N.º 6 Mayo de 1984

cuaderno para estudiar:

ALGUNAS CONCEPCIONES ERRONEAS SOBRE LOS DENOMINADOS NUEVOS MOVIMIENTOS

MOVIMIENTO COMUNISTA

ALGUNAS CONCEPCIONES ERRONEAS SOBRE LOS DENOMINADOS NUEVOS MOVIMIENTOS

SUMARIO

Pág.

INTRODUCCION 5

HECHOS QUE FAVORECEN EL DESARROLLO DE CONCEPCIONES ERRONEAS SOBRE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS 7

CONCEPCIONES IDEALISTAS SOBRE EL CARACTER Y LOS CONTENIDOS DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS: 10

—Tres características de los nuevos movimientos 13

—Crítica de estas concepciones..... 14

CONCEPCIONES SOBRE LA ORGANIZACION DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS 17

EJERCICIOS 19

APENDICE: El feminismo y los partidos políticos de izquierda. Judith Astelarra 21

INTRODUCCION

Los movimientos ecologista, feminista y en favor de la paz, vienen siendo objeto de una particular atención por parte del partido. Frecuentemente se insiste en que el partido tiene que insertarse en los movimientos sociales en los que intervienen los sectores más activos de las clases populares, y no cabe duda que los movimientos citados pertenecen a esta categoría. En consecuencia, venimos desplegando esfuerzos para contribuir a su desarrollo y fortalecimiento.

Una de las tareas que tenemos planteada respecto a ellos es la de orientarlos en el sentido más positivo posible. Ello exige que tengamos una presencia muy activa en su seno y que, además, llevemos una lucha en el terreno de las ideas.

En ocasiones nos encontramos con opiniones negativas sobre estos movimientos. Se comparan con otros movimientos sociales tradicionales y se ven éstos últimos llenos de virtudes y los movimientos feminista, ecologista y en favor de la paz, plagados de defectos. Este menosprecio proviene muchas veces de gentes que, sin tener contacto con estos movimientos, se dejan llevar más por los perjuicios que por una observación atenta de la carga de rebeldía que expresan.

Pero también, y desde una óptica opuesta, se idealizan sus capacidades; se afirma que abren *nuevos caminos* para la transformación radical de la sociedad; se dice que vienen a sustituir el papel que los partidos revolucionarios o la clase obrera han jugado en otras etapas históricas.

En esta ocasión vamos a estudiar precisamente este último tipo de ideas que, como veremos, además de enfrentar a los partidos revolucionarios con los movimientos, desnaturalizan las concepciones revolucionarias y entorpecen el propio desarrollo de los movimientos.

A lo largo del escrito comentaremos, con el fin de contrarrestar determinadas ideas, aspectos concretos de los movimientos feminista, ecologista y pro-paz. Cabe advertir que en ningún momento pretendemos hacer una valoración de los mismos, pues no sería este el lugar más indicado. En numerosas ocasiones hemos tratado cada uno de los movimientos por separado, pues cada uno de ellos presenta rasgos específicos y muy diferenciados que merecen un estudio particular.

Esta vez, sin embargo, vamos a considerarlos conjuntamente porque la finalidad de este análisis es la de examinar la ideología que se viene manifestando sobre estos movimientos en el sentido antes citado. Insistimos que su tratamiento en bloque no supone ningún intento de simplificar o igualar sus cualidades.

Vamos a utilizar a lo largo del texto la denominación de *nuevos movimientos* con la que se viene designando a los movimientos por la paz, feminista y ecologista (1). No es una definición muy exacta, pues estos movimientos no son nada nuevos, si tenemos en cuenta sus orígenes. En todo caso, cabe decir en favor de esa denominación que a partir de la década de los años 70 resurgen con contenidos bastante nuevos.

---

(1) A menudo, dentro de la *ideología* que se ha forjado sobre los nuevos movimientos se incluye a los movimientos nacionalistas radicales. Nosotros hemos optado por dejarlos al margen del presente estudio (sólo ocasionalmente nos referiremos a ellos) por dos razones:

a) Las concepciones sobre los nuevos movimientos más extendidas y, por tanto, que creemos más interesantes de analizar, rara vez se ejemplifican con el movimiento nacionalista radical. Nos obligaría a dispersar las críticas y dirigirnos en particular al examen de las teorías que circulan sobre los nacionalismos.

b) En las teorías sobre los nuevos movimientos se utilizan imágenes de estos que adolecen de una simplificación y generalización de sus particularidades, pero cuando se habla de los movimientos nacionalistas como «nuevos movimientos» la imagen es ya irreconocible, la deformación de la realidad mucho mayor. Se hace abstracción de su génesis, de su desarrollo, de las particularidades locales en las que se desenvuelve. Se afirma que han proliferado y han tomado auge a la par que los otros movimientos, que las causas que lo alimentan son semejantes. Dentro de esa óptica se afirma que uno de los factores más influyentes en su resurgir es el de la rebelión contra la «subalternidad» (que se consideraba que está teniendo lugar en estos últimos años en el mundo occidental), es decir, una actitud de no delegar en nadie la toma de decisiones. Esta actitud jugaría, desde ese punto de vista, un papel más importante que los contenidos de los movimientos nacionalistas y sus formas de lucha. Esta concepción del nacionalismo dista mucho de ser real. Toda la teoría que se haga a partir de esa concepción del mismo se construye en el vacío. La mejor forma de abordar una crítica de ella es confrontándola con la realidad de los movimientos nacionalistas que conocemos.

HECHOS QUE FAVORECEN EL DESARROLLO DE CONCEPCIONES ERRONEAS SOBRE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS

Antes de pasar a analizar estas ideas, examinaremos algunos fenómenos que se producen en la década de los años setenta, momento en el que los movimientos a los que nos referimos empiezan a experimentar un impulso. Estos hechos incidieron en el propio desarrollo de los movimientos y favorecieron la aparición de concepciones sobre los mismos como las citadas anteriormente.

1. En la segunda mitad de la década, diversas organizaciones de la izquierda revolucionaria atraviesan circunstancias muy difíciles. Para entonces habían remitido ya algunos de los factores que habían animado su desarrollo: el triunfo de la revolución cubana, la solidaridad con la lucha del pueblo vietnamita, las esperanzas que suscitaron los acontecimientos de mayo del 68 en Francia y las luchas sociales del 68 y el 69 en Italia. Las expectativas que el auge del movimiento revolucionario había creado a finales de los años sesenta y principios de los setenta se desvanecen. El movimiento obrero estaba experimentando también un reflujo importante en algunos países europeos. Las organizaciones de la izquierda revolucionaria se ponen a prueba, muchas evidencias que no están preparadas para afrontar una situación desfavorable y entran en crisis.

Se produce de una manera bastante generalizada la coincidencia entre el auge de los nuevos movimientos y la práctica desaparición de las organizaciones de la izquierda revolucionaria. Muchos de los militantes de estas últimas pasan a engrosar los movimientos ecologistas, feministas y pacifistas, y son portadores de ideas que han ido incubando en sus organizaciones en la última fase de la crisis. Es frecuente una interpretación de su crisis que atribuye la quiebra de sus partidos a unos supuestos males de los principios leninistas, así como una posición ecléctica ante la delimitación entre los partidos reformistas y el movimiento revolucionario («al fin y al cabo, todos los partidos son iguales», se suele decir)(2).

(2) En el Estado español, esta actitud ha sido todavía más acentuada, pues ha estado fomentada por las prácticas de emulación de los *grandes partidos* que se dieron en organizaciones como el PTE y la ORT durante los últimos años de su historia.

2. La crisis económica en la que comienza a sumergirse el mundo occidental tiene consecuencias en las más diversas esferas. Pero no actúa como revulsivo para reanimar al movimiento obrero. Sus efectos son contradictorios. Se desarrollan las tendencias corporativas. El temor a perder el puesto de trabajo es superior a la esperanza que proporciona la lucha. Se acentúan las contradicciones en el seno de la clase obrera: entre ocupados y parados, entre mujeres y hombres (éstos ven en aquellas competidoras por los puestos de trabajo). Prender entre los trabajadores y trabajadoras ideas del tipo de que toda resistencia a la reestructuración capitalista lesiona los intereses de la *nación*, lleva a la quiebra a la producción. Ante la atomización de la resistencia se hace notar con fuerza la burocratización sindical.

Los grandes partidos comunistas reformistas favorecen también este retroceso de la clase obrera: adoptan actitudes públicas ante los capitalistas similares a las que habían caracterizado hasta entonces a los partidos socialdemócratas. *Sacar al capitalismo de su crisis* se convierte para ellos en el objetivo principal, lo cual les obliga a remitir a un futuro muy lejano toda perspectiva de transformación social y política profunda. Las teorías eurocomunistas juegan un papel en la justificación de este viraje.

La coincidencia del reflujo del movimiento obrero con el impulso que cobran los nuevos movimientos favorece interpretaciones que atribuyen a estos últimos un carácter *sustitutorio* del primero en la lucha social.

3. Los grandes partidos reformistas permanecieron *en un principio* el margen de los nuevos movimientos. En un primer momento no se produce una reacción favorable en la izquierda reformista dirigida a apoyar estos movimientos. Entre otras razones, la política de estos partidos está marcada en esos momentos por un pragmatismo desenfrenado. La preocupación electoral inspira su táctica y su estrategia, y la atención a las preocupaciones feministas, ecologistas y pacifistas no parece que vaya a proporcionar muchos votos. Por otra parte, piensan que el hacerse portavoces de las demandas de algunos de esos movimientos les va a llevar a un enfrentamiento no muy rentable con el Poder (el capital y sus planes de desarrollo, la Iglesia, etc...). En ese momento no perciben todavía la amplitud que esos movimientos llegarán a tener más tarde.

Además, existen otros obstáculos particulares que motivan el distanciamiento de la izquierda reformista con los nuevos movimientos.

Una cultura tradicional en la izquierda de cierto culto al desarrollo de las fuerzas productivas independientemente de su orientación explica los recelos hacia las reivindicaciones del movimiento ecologista, al que en algunos momentos se califica globalmente como retrógrado y catastrofista.

En la izquierda tradicional, dejando al margen algunas excepciones, no ha habido un cuestionamiento de la situación de las mujeres, no ha existido una conciencia de la organización patriarcal de la sociedad, y las formulaciones relativas a la consecución de la igualdad de derechos para las mujeres no han tenido una traducción práctica.

En los partidos de la izquierda europea tradicional se intuye que las preocupaciones que están emergiendo en el campo feminista —principalmente la

contradicción hombre-mujer— ponen de relieve contradicciones existentes en el seno de la clase trabajadora. Ante este hecho, prefieren cerrar los ojos y adoptar una actitud recelosa hacia el movimiento feminista.

Por otra parte, y en lo que se refiere a las motivaciones que impulsan al movimiento pacifista, socialdemócratas y eurocomunistas aceptan en un principio el equilibrio entre los bloques como factor de seguridad, confían en la disuasión nuclear, se limitan a defender el *statu quo*. En el caso del PCI y del PCE, su estrategia de gobierno de «compromiso histórico» o de «gobierno de concentración» les lleva a no enfrentarse a los EE.UU., para poder acceder a unos gobiernos ligados y comprometidos con un sistema de defensa homogenizado por los EE.UU. No puede extrañar por tanto su poco entusiasmo a la hora de incorporarse a los primeros brotes del movimiento pacifista, calificado por los EE.UU. como instrumento de *debilitamiento de Occidente.*

Sin embargo, conforme han ido desarrollándose los nuevos movimientos, la actitud de los partidos reformistas hacia ellos se ha modificado. Su crecimiento ha ido acompañado por la creación de un estado de opinión favorable a sus reivindicaciones. Demandas que antes, por su novedad o por su carácter extraño a la cultura dominante, despertaban un ligero rechazo o indiferencia, son ahora apreciadas por sectores mucho más amplios. Los partidos reformistas entrevén, en consecuencia, la posibilidad de convertirse en *mediadores políticos* de las demandas (posición que les puede proporcionar la adhesión de nuevas áreas de electorado) y de la presión social de los nuevos movimientos.

Conviene tener en cuenta estas consideraciones pues, en más de una ocasión, se interpreta el distanciamiento inicial de los nuevos movimientos con respecto a los partidos reformistas como una prueba del carácter revolucionario de aquellos. Sin embargo, si se examinan detenidamente las relaciones entre ambos vemos que frecuentemente sus diferencias no son siempre tan grandes ni sus contradicciones tan intensas. Luego volveremos sobre este aspecto.

Otro tanto cabría decir de la posición adoptada por el Poder y las instituciones con respecto a los nuevos movimientos. La presión y la amplitud de éstos han hecho que las instituciones vuelvan la mirada hacia ellos. Se han ido creando plataformas institucionales que poco a poco han ido ofreciéndose a los movimientos para que estos canalicen a través de ellas sus reivindicaciones. Hoy en día *sectores* de los movimientos ecologista, pacifista y feminista, se sitúan en una zona de ambigüedad en sus relaciones con las instituciones, manteniendo la esperanza de que éste llegue a convencerse de interés de sus reivindicaciones. Y se considera, ante esta expectativa, más eficaz mantenerse al abrigo de esas plataformas institucionales.

CONCEPCIONES IDEALISTAS SOBRE EL CARACTER Y LOS CONTENIDOS DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS (3)

Algunas de las manifestaciones de estas concepciones son:

1. Los nuevos movimientos, se dice, se oponen *objetivamente* al sistema y mantienen una crítica radical al mismo.

Del ecologismo se afirma que es *esencialmente* anticapitalista porque el capitalismo no puede asumir la problemática que plantea este movimiento, la oposición al desarrollismo ciego y desordenado que está destruyendo el equilibrio ecológico. Tal resistencia paralizaría el mecanismo más vital del actual sistema productivo.

Del nuevo feminismo, se señala, que es *revolucionario* porque, a diferencia del movimiento sufragista centrado en la lucha por la igualdad jurídica de las mujeres, hoy se plantea la liberación en todos los terrenos, y ello no puede obtenerse en el marco de la sociedad capitalista y patriarcal.

Otro tanto sucedería con el movimiento pacifista. Al oponerse a la carrera armamentista se torna en un movimiento anticapitalista, ya que una de las exigencias vitales del capitalismo en los momentos de crisis es la producción de armamentos (4).

---

(3) A la hora de recoger las manifestaciones literarias de estas concepciones nos hemos encontrado con varias dificultades. Por una parte, la de dar con una fuente ideológica significativa que sea aceptada como referencia por las personas o sectores que mantienen las ideas que criticamos. Por otra, la de no tener a mano un documento que reúna de una manera sistemática esta doctrina sobre los nuevos movimientos. *Algunas* de las ideas que vamos a analizar se hallan en escritos de intelectuales como A. Heller, A. Gorz, A. Touraine, I. Illich, S. Rowbotham... Pero, el carácter elemental del presente cuaderno aconseja no orientarlo a una crítica del pensamiento de estas personas. Hemos optado por exponer las formulaciones que traducen más a menudo concepciones a nuestro juicio muy poco afortunadas sobre los nuevos movimientos. Bastantes de ellas se encuentran dispersas en documentos de colectivos o personas vinculadas a los movimientos ecologista, pacifista y feminista del Estado español. Omitimos las referencias concretas a estos textos, pues los colectivos que los suscriben carecen de muchas veces de relevancia (no ejercen una influencia *reconocida* dentro de los movimientos) y, además, no se trata aquí de hacer una crítica a estos grupos. El interés del procedimiento empleado estará en correspondencia con el grado en el que las formulaciones que hemos recogido se ajusten a las expresiones y razonamientos que utilizan en los debates sobre los nuevos movimientos las personas o colectivos cuyas concepciones criticamos.

(4) Asimismo, desde esta misma óptica al nacionalismo radical (entendido de la forma apuntada en la pág. 6) se le atribuye un contenido *objetivo* anti-Estado y anticapitalista, por el hecho de estar imbuido por esa actitud de «no delegar en nadie la toma de decisiones» o por el hecho de que uno de los factores que lo alimentan sea la «reacción al capitalismo de las multinacionales».

El meollo que hay que retener de este pensamiento (que más adelante comentaremos) es la idea siguiente: por el hecho de que algunas demandas actuales de estos movimientos atenten contra los intereses del Poder, o de que sus reivindicaciones no puedan alcanzar una *satisfacción plena* en el marco del sistema capitalista, se les otorga —como tales movimientos— un carácter revolucionario, según el cual están inexorablemente orientados a transformar el sistema.

2. En ocasiones se presenta *cada uno de ellos* como un movimiento que se opone *globalmente* al sistema (a lo fundamental del mismo y a todos sus aspectos vitales) y es capaz de encarnar una alternativa al mismo (5).

Sin embargo, desde otros sectores que también idealizan los movimientos no se comparte ese punto de vista y se alega que sólo un movimiento que *sume* las causas de todos ellos —se le da el nombre de *movimiento alternativo*— será capaz de enfrentarse al sistema en su totalidad y generar una de sociedad alternativa.

3. Desde una perspectiva menos estrátegica, se tiende a veces a hacer un absoluto del contenido de algunos movimientos (en particular, del movimiento ecologista y del movimiento pacifista), privilegiándolos por encima de cualquier otra problemática. Se argumenta que de la solución que demos a corto plazo al problema ecológico o al problema de la paz depende nuestra supervivencia. Todos los antagonismos, todas las necesidades hay que subordinarlas a esas exigencias, e incluso aplazar su tratamiento.

4. En lo que se refiere a la estrategia, hay que señalar de entrada que la reflexión sobre esta cuestión no es muy frecuente en las teorías que criticamos aunque a veces plantean —de forma muy difusa— los perfiles de unas *nuevas vías* de transformación «radical» de la sociedad.

A riesgo de simplificar las posibles variantes de estas estrategias, pero con el ánimo de sistematizar las ideas más importantes que las inspiran vamos a examinar dos de ellas:

a) El camino a seguir es —se viene a decir— el de la creación del *movimiento alternativo* y a través de éste de *áreas alternativas* o *espacios de libertad,* sobre la base de los sectores marginados por el sistema, sectores que no encuentran expresión y representación en los sistemas políticos y sectores que se oponen a la manipulación y a la «absorción» que ejercen los centros del Poder. En el seno de este movimiento se buscará la superación de toda fuente de desigualdad (división del trabajo, división entre dirigentes y dirigidos) y un equilibrio entre el trabajo y el tiempo de odio. El ideario que anima a sus miembros integra la causa de los nuevos movimientos (defensa de la naturaleza, liberación de la mujer...). Con respecto al movimiento pacifista se asume el objetivo de la paz como un absoluto: la no violencia será una de las pautas de su comportamiento.

La actitud ante el sistema político e institucional será la del rechazo. Los instrumentos para incidir en el medio y transformar, en definitiva, el orden social,

(5) Este planteamiento ha tenido especial relevancia dentro del movimiento feminista. En él existen tendencias a considerar que la contradicción que está en la base de todas las demás es la contradicción hombre-mujer y, partiendo de esta idea, se juzga que los planteamientos feministas abarcan todos los ámbitos de la vida y de las relaciones sociales y pueden dar una *respuesta global* al sistema.

estarán constituidos por la crítica y el testimonio (de que es posible la existencia de alternativas prácticas e inmediatas a la vida cotidiana).

b) Atribuye a los nuevos movimientos la misión de poner en práctica bajo el capitalismo formas prefigurativas del socialismo. Pero no limita esta acción a los sectores marginados del sistema. Los movimientos serán los encargados, según esta óptica, de ir transformando el terreno social. Esta labor se completará con la que se ejerza en la esfera del Estado. En ella, los partidos (se supone que aquellos que tienen posibilidades de influir «eficazmente» en las instituciones) tienen un papel importante que jugar. Los movimientos no deben confiar demasiado en ellos, pero no tienen que rechazarlos, pues también son necesarios. La labor de los movimientos se completa así con la de los partidos en las instituciones.

La estrategia que hemos descrito en el apartado a) suele formularse desde sectores que mantienen una *actitud* más radical hacia las instituciones. Presentan como modelo el *movimiento alternativo* berlinés (6) (se critica, al mismo tiempo, a los partidos *verdes* por su creciente institucionalización) y otros movimientos de juventud de similares características. Como hemos dicho, desde estas posiciones se contemplan los nuevos movimientos como producto de la marginación de sectores sociales. Las demandas de los movimientos (pacifista, ecologista...) expresarían la situación de estos grupos, es decir, estarían depositadas en sectores muy concretos de la sociedad (parados, juventud marginada...). Aberraciones más singulares tampoco faltan en los planteamientos que se hacen desde esta perspectiva. Así, hay teóricos que aprueban todo aquello que aparte a la gente de los canales de economía establecida, amplíe su ocio, aún a costa de acrecentar el paro, ya que alimenta las áreas de los sectores marginales y, en consecuencia, amplía los movimientos.

Las estrategias de los apartados a) y b) no se corresponden en corrientes muy delimitadas dentro de los movimientos. Hay entre ellas aspectos comunes importantes como luego pondremos de relieve, y hay personas que en la exposición de sus concepciones estratégicas combinan elementos de una con las de la otra. De todas maneras la estrategia del apartado b), que se caracteriza en la práctica por su generosidad hacia el quehacer de los grandes partidos reformistas, es defendida a menudo por gentes vinculadas a la socialdemocracia o a los partidos eurocomunistas. Se muestran en general mucho más tolerantes con los «defectos» de los partidos reformistas que con los de los revolucionarios. Se considera que estos últimos tienen poco que hacer en la reforma del sistema político y del Estado. Desde esta prespectiva son poco operativos. Y, en lo que respecta a la presencia de sus militantes en los movimientos, se piensa que introducen elementos

(6) Hay que hacer aquí una distinción entre la visión que tienen del movimiento berlinés quienes defienden estas concepciones estratégicas y la conciencia que los jóvenes berlineses tienen de la trascendencia que se atribuye a su conducta. Probablemente muchos de ellos se limitan a adoptar una actitud de rechazo de formas culturales y de aspectos de la moral dominante. En ocasiones, ha demostrado una gran combatividad y es hoy uno de los movimientos más vivos y positivos de la República Federal Alemana. Es una experiencia que vale la pena estudiar, pero aquí no estamos examinando las virtudes de los movimientos, sino las deformaciones a que se someten éstas.

ajenos a la «esencia» de estos, tales como la politización excesiva o una desmesurada preocupación por la organización (7).

Tres características de los nuevos movimientos

Antes de entrar a analizar las ideas expuestas en los cuatro apartados anteriores vamos a detenernos brevemente en examinar tres características de los nuevos movimientos: su heterogeneidad, la parcialización de sus preocupaciones y el terreno en el que se sitúan: el de la lucha por reformas.

Conviene señalar que estas tres características coexisten con otros muchos rasgos positivos y que no debe deducirse de ellas una idea negativa de los nuevos movimientos. Características como éstas están presentes, de una forma u otra, de manera más o menos acentuada, en casi todos los movimientos sociales que han existido. Estos han tenido, en períodos de baja tensión revolucionaria, objetivos limitados que han suscitado el interés de sectores particulares de la sociedad. Movimientos populares revolucionarios, globales y unificados, han tenido lugar sólo episódicamente. Si nos extendemos un poco en el examen de estas tres características mencionadas es porque quienes mantienen las concepciones que estamos criticando, consideran que los nuevos movimientos son en todo muy especiales. No se les compara a otros movimientos históricos. Se dice de ellos que sustituyen a los *partidos* y a la *clase obrera* en el papel que unos y otra han jugado en otras épocas históricas.

1. *Heterogeneidad.* Una simple mirada hacia el interior de los movimientos ecologista, pacifista y feminista nos confirma que la heterogeneidad es una constante en todos ellos. Heterogeneidad en su composición social e ideológica sobre todo en los dos primeros (bastantes personas que formar parte de ellos proceden de ámbitos ideológicos y políticos muy diversos —en ocasiones de comunidades religiosas, o de partidos socialdemócratas— y de clases diversas. Hay gentes que recelan de la «politización» de las reivindicaciones, y que han estado tradicionalmente alejados de la influencia política de la izquierda) y heterogeneidad con respecto a la disponibilidad de sus miembros ante el compromiso práctico, en los tres movimientos. Hay, cuando menos, un sector organizado, otro amplio sector de gente que participa en acciones (que se moviliza pero no organizado), y un estado de opinión amplio que comparte las inquietudes del movimiento.

2. *Parcialización de sus preocupaciones.* En general hay una causa que ocupa el lugar central en las preocupaciones de cada movimiento. En el movimiento ecologista, la oposición a la depredación de la naturaleza; en el movimiento feminista, la búsqueda de la identidad y la liberación de la mujer; en el movimiento pacifista, la lucha por la paz y contra la amenaza de guerra. Evidentemente este objetivo general de cada uno de los movimientos se presenta a través de for-

(7) Estas concepciones (que no son en modo alguno raras en los nuevos movimientos) muestran también cómo la defensa de la «autonomía» de los movimientos (junto a una aparente actitud «anti-todos los partidos») es compatible con la adopción de posiciones favorables a las políticas socialdemócratas o eurocomunistas.

mas más concretas, que restringen todavía más los motivos de lucha para determinados grupos del movimiento. Por ejemplo, hay sectores que se oponen únicamente a la instalación de un campo de tiro o al despliegue de los euromisiles. Probablemente estarán vinculados a los movimientos ecologista y pacifista, pero sus preocupaciones no se extienden ni a las demás agresiones a la naturaleza, ni a los demás factores que agravan la amenaza de guerra.

También es verdad que existe un sector —mucho más reducido— interesando en la reflexión sobre las relaciones existentes entre su causa central y el sistema político imperante. Pero la propia heterogeneidad del movimiento y la escasa articulación organizativa permiten la coexistencia de sectores con muy diversos niveles de conciencia.

3. *Los movimientos se sitúan en el terreno de la lucha por reformas.* Basta repasar los motivos de movilización, los programas de los movimientos con capacidad movilizadora, sus consignas... para percibirlo. Sin embargo a esta apreciación se le suele oponer una objección: en los movimientos se plantean muy a menudo propuestas de sociedades alternativas a la que estamos viviendo. Y la verdad es que ésta es una característica también de los círculos más inquietos de los nuevos movimientos (8). La ausencia de una reflexión sobre la estrategia tiene su contrapunto en una preocupación excesiva por concretar el modelo de sociedad que ha de sustituir en una voluntad revolucionaria y se contemplen la lucha y la organización dentro de una perspectiva de mucho más largo alcance.

Crítica de estas concepciones

Con estas referencias podemos abordar ahora el análisis de las ideas formuladas al comienzo del capítulo.

Lo primero que salta a la vista es que en ellas son ignoradas las características de los movimientos mencionadas. Se toma, por ejemplo, la conciencia de los sectores más politizados como representativa de todo el movimiento. Se suele reforzar esta presunción argumentando que las propias causas que inspiran los movimientos conducen *objetivamente* a una toma de conciencia más general antisistema. En la práctica no resulta cierto. En ocasiones hemos visto como partidos reformistas y muy moderados se han apropiado de algunas causas de los movimientos. Tampoco es raro que ocurra que la preocupación casi única por la problemática de cada movimiento fomente la unilateralidad en la apreciación de las demás contradicciones de la sociedad. Así, nos encontramos algunas veces que miembros del movimiento pacifista atribuyen los males de la sociedad a la *cultura de la violencia* que hemos venido asimilando a través de sucesivas generaciones. O se ve desde el movimiento feminista la carrera de argumentos como un producto y expresión sin más de los valores masculinos que imperan en la sociedad.

(8) Esta tendencia a la reflexión sobre las sociedades alternativas lleva consigo frecuentemente una crítica profunda a la sociedad en la que vivimos, y ello tiene un valor muy positivo.

Y como aspecto de mayor importancia, se ha eliminado dentro de ese pensamiento la *noción de revolución*. Se atribuye, por ejemplo, carácter revolucionario a un movimiento porque se plantea alguna reivindicación que no es asimilable por el sistema, lo cual por sí sólo dice muy poco del carácter de un movimiento o un partido si no hay en ellos una reflexión y una política de acuerdo con una perspectiva de liquidación del Poder existente y de la construcción de un nuevo Poder.

En general, dentro de los planteamientos que estamos criticando, no se consideran problemas esenciales como: la forma de quebrar la resistencia del Poder; en qué fuerzas apoyarse para hacerlo; qué formas de lucha hay que practicar; la conexión entre las actuales organizaciones de los movimientos y las que deberían servir para llevar a cabo esa transformación social y política radical de la sociedad. Estas entre otras muchas preguntas quedan sin respuesta... o bien se acude a la explicación esbozada en el apartado 4 (9).

Las propuestas de estrategia recogidas en ese punto implican desde luego un rechazo de la concepción leninista de la revolución. Reproducen viejas teorías sobre la vía de reformas graduales para realizar una transformación social y política de la sociedad (10). Se confía en el *testimonio* y en la *racionalidad* de las propuestas para conquistar a la mayoría de la sociedad para la idea de su transformación radical (11).

Por último, conviene que nos detengamos en algunas de las consecuencias prácticas de estos enfoques:

1. La sobrevaloración que se hace de la capacidad de cada uno de los movimientos conduce a infravalorar los demás movimientos sociales. No se presta atención a las contradicciones que a menudo existen entre ellos y, por tanto, no se hacen esfuerzos por superarlas.

2. El rechazo de la *ruptura revolucionaria* y de las tareas que ésta conlleva, tiene entre sus efectos la desestimación de todo proyecto de organización revolucionaria. Se hace tabla rasa de los partidos. En todo caso, se valoran en relación a su capacidad de influir en las instituciones. Se juzga que, como la preocupación por la causa del movimiento es mayor en éste que en otras organizaciones, la perspectiva de transformación social y política está asegurada. O, bien, si se considera que para llevar a buen término este objetivo se necesita un movimien-

---

(9) Habría que hacer una excepción a este respecto con los planteamientos de la doctrina de la no-violencia. En ella sí hay un intento de configurar una táctica y estrategias *completas* para que el pueblo se haga con el Poder, pero sus fundamentos no se separan sustancialmente de las concepciones gradualistas reformistas que estamos criticando (ver en el Servir al Pueblo n.° 213 el artículo: «En torno a la no-violencia». En él se hace una crítica a esta doctrina.)

(10) Algunas veces se intenta legitimar esta vía tomando pie en una preocupación muy justa que existe en sectores de los movimientos. Se recuerda que en la historia algunos movimientos revolucionarios han aplazado la lucha contra situaciones de dominación (la de las mujeres, por ejemplo) razonando que antes de la toma del Poder no se podría dar un tratamiento cabal a esos problemas. Para no caer en los mismos errores se propone como tarea más importante la de crear formas prefigurativas de la nueva sociedad o al ir realizando hoy reformas progresivas que nos aproximen a la situación que deseamos en un futuro.

(11) En ocasiones se pretende dar más fuerza a esta esperanza argumentando que ante el conocimiento de la catástrofe nuclear o ecológica que nos amenaza, la mayoría de los ciudadanos y ciudadanas optarán por la transformación total de la sociedad.

to que *sume* las causas de los distintos movimientos, se entiende que esto también se puede hacer desde los propios movimientos. Por lo tanto, los partidos revolucionarios sobran, pues no hay más tareas importantes que cumplir.

3. La visión de la vía de transformación social como un camino de conquista de la sociedad civil para las ideas del movimiento, o de reformas graduales, favorece la adopción de actitudes *reformistas* en la lucha por reformas. Si bien, como hemos señalado anteriormente, la acción de los movimientos se sitúa fundamentalmente en el terreno de la lucha por reformas, ello no tiene por qué implicar que sus sectores de vanguardia adopten una actitud reformista de cara al logro de esos objetivos. Sin embargo, se puede apreciar cómo muchas veces se considera que las reformas *en sí* son lo más importantes. Desde este ángulo se juzga que la línea seguida es positiva si, y sólo si, conduce a la *consecución* de la reforma. No importa si en ese proceso se avanza o se retrocede en los terrenos de la conciencia, de la organización y de la combatividad del movimiento (12).

Esta tendencia explica, en ocasiones, la tendencia a sobrevalorar las posibilidades de apoyo institucionales y el consiguiente enfeudamiento de sectores del movimiento a la Administración. Si por encima de todo se coloca la consecución de una reforma, poco importan los avances que experimente el movimiento. Sobre todo, cuando en un contexto determinado puede coincidir la exigencia de una reivindicación con un intento por parte del Poder de atenuar la agresividad del movimiento mostrándose generoso en la concesión de alguna de las demandas.

(12) Sobra decir que desde una óptica no-reformista el criterio fundamental y válido en el enfoque de una lucha por reformas sería el de valorar el efecto de esa lucha en la conciencia, en la combatividad y en la organización del movimiento, y no la consecución o no de la reforma.

CONCEPCIONES SOBRE LA ORGANIZACION DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS

A menudo las formas organizativas que han ido tomando los movimientos ecologista, feminista y pacifista son idealizadas. Se tiende a *compararlas* a las de la izquierda revolucionaria, y en esa comparación estas últimas salen muy mal libradas. Para quienes así opinan el centralismo democrático estaría ya superado. Los nuevos movimientos ofrecerían formas muy superiores de organización.

Antes de entrar a comentar esta apreciación, conviene introducir una breve reflexión sobre las formas organizativas de los nuevos movimientos.

Recordemos en primer lugar algunas de las características de los nuevos movimientos examinadas en el capítulo anterior: la heterogeneidad (de niveles de compromiso y de conciencia), la particularización de preocupaciones y motivos de lucha; y el terreno al que limitan su acción, la lucha por reformas (13). En general su acción se concreta hoy en la creación de un estudio de opinión favorable a su causa y en la presión sobre el Poder para que éste acceda a sus demandas. Los medios empleados suelen ser el testimonio, el trabajo informativo, las manifestaciones e incluso acciones combativas que chocan algunas veces contra los límites legales.

Si, por otra parte, examinamos sus formas organizativas observaremos como, en general, estos movimientos vienen adoptando formas muy ligeras de organización (tanto dentro de los propios colectivos como en la coordinación entre los grupos). Ante este hecho, cabe concluir que en general se dotan de formas organizativas adecuadas tanto a su fisonomía (características examinadas) como a sus fines (14).

Sin embargo, no siempre se valoran así las cosas y de la necesidad de unas determinadas formas organizativas se hace virtud. Se les atribuye un carácter *sustitutorio* y *superador* de las formas organizativas basadas en el centralismo democrático. El centralismo democrático —se dice— está superado, es innecesario, y además reproduce situaciones de dominación y subordinación entre hombres y mujeres, dirigentes y dirigidos, incapacita a los miembros organiza-

(13) A estas características hay que añadir otro rasgo que caracteriza a bastantes personas de las que se adhieren al movimiento: una forma concreta y acentuada de individualismo. Se reconocen a sí mismas como pacifistas, ecologistas o feministas, *individualmente*. Buscan la afirmación de su identidad en las actitudes, en las formas de vida y comportamientos, más que en la pertenencia a un grupo organizado del movimiento. Por el contrario, se contempla toda la organización con recelo en la medida en que puede poner en peligro la identidad adquirida anteriormente. Y estas actitudes se traducen en la práctica por un escaso interés por las tareas de organización y proselitismo del movimiento. También se aprecia en otras ocasiones una actitud negativa a todo lo que suene a subordinar el interés individual al interés colectivo, y reticencias bastante acusadas hacia el trabajo duro y sacrificado dentro del movimiento.

(14) Por ejemplo, la flexibilidad organizativa que presentan hoy ciertas organizaciones pacifistas o ecologistas explica la coexistencia dentro de las mismas de gentes con muy diferentes niveles de conciencia, actitudes, orígenes, etc.

dos para desplegar su iniciativa, crea uniformidades innecesarias... Las formas de organización de los movimientos sin embargo, se afirma, posibilitan sentar las bases para la superación de esas deficiencias.

La observación sobre la inutilidad del centralismo democrático tiene coherencia con el punto de vista desde el que se plantea esta cuestión. Esas ideas sobre organización van casi siempre asociadas a las concepciones sobre la trascendencia de la acción de los nuevos movimientos o las «nuevas» vías de transformación social y política que antes hemos examinado. La *organización* no se concibe desde el ángulo de la edificación de una fuerza revolucionaria (de vanguardia, unificada en el pensamiento y en la acción, en la perspectiva del enfrentamiento con el Poder). Problemas como el de la necesidad de destruir el poder de las clases dominantes están ausentes en el pensamiento que criticamos. Según éste la organización debería servir fundamentalmente para extender la propaganda de los fines del movimiento entre las capas más diversas de la población. Una prueba de ello, es que quienes plantean así las cosas no experimentan ninguna desazón cuando —como ha ocurrido en algunos países— los movimientos han dejado de ser un movimiento organizado, ha remitido su presencia política y sus preocupaciones —*notablemente rebajadas*— han sido simplemente incorporadas a la cultura de sectores amplios de la población. Con ello demostraban que no pasaban de estos límites sus aspiraciones.

A veces, se justifican las formas organizativas de los nuevos movimientos, y al mismo tiempo se consideran superiores a cualquier otra, porque permiten prefigurar las formas de democracia y participación de la sociedad futura. En ellas encontrarían una superación todas las contradicciones que se mantienen en los partidos revolucionarios (15). Rara vez se explica cuál es la relación entre la realización de esas formas organizativas y la transformación radical de la sociedad a la que dicen aspirar. A no ser que se piense que el testimonio que ejercen estas formas de convivencia es el que va a producir ese cambio.

En definitiva, la valoración de las formas de organización debe ir precedida por las preguntas: ¿para qué las necesitamos?, ¿qué fines perseguimos con ellas?, ¿a quién queremos organizar? A partir de las respuestas a estas preguntas se podrá entender mejor la lógica de las estimaciones que se hacen desde los nuevos movimientos sobre los problemas organizativos.

A este respecto cabe añadir que *desde una óptica revolucionaria* siempre se han considerado compatibles formas de organización inspiradas en el centralismo democrático para el partido revolucionario con formas organizativas mucho más flexibles para otros movimientos. La historia es muy rica en experiencias de este tipo.

---

(15) Por ejemplo se dice que los nuevos movimientos terminan con la división entre dirigentes y dirigidos. Esto tiene muy poco de cierto. En ellos existe la división entre dirigentes y dirigidos, y ésta se ajusta no pocas veces a la desigualdad de conocimientos de capacidades y de iniciativa que hay entre los unos y los otros. Debido a las formas tan poco articuladas de los movimientos, muchas veces la participación de la gente activista en la orientación del movimiento es prácticamente nula, y esta misión queda en manos de los dirigentes de prestigio, prestigio que muchas veces viene legitimado por títulos académicos o por el acceso privilegiado a los medios de comunicación.

EJERCICIOS

I

Recuerda ideas que se hayan manifestado en el movimiento en el que trabajas tendentes a desvirtuar las cualidades del movimiento, las críticas que se hacen al partido y los argumentos que se hayan empleado para desvalorizar la necesidad de un partido revolucionario. Intenta componer unas líneas de argumentación para contrarrestar estas ideas.

II

COMENTARIO DE TEXTOS

1

«Un movimiento así (el autor se refiere al movimento por la paz), hacia el que se orientan en el estado Español muchos de los nuevos grupos pacifistas que están surgiendo, genera y requiere formas de organización no jerárquicas y no sexistas, en forma de red sin centros de decisión que permita la circulación de contactos, ideas y actuaciones a todos los niveles y en todas direcciones, sin imponer ningún tipo de uniformidad. Adopta una perspectiva a largo plazo que combina de forma nueva las expectativas entre la esfera «política» y la «personal», y a la vez que actúa sobre la realidad inmediata desarrolla formas de cultura que prefiguren maneras de convivir alternativas a las dominantes. Todo eso parece apuntarse también en España, pero de forma aún incipiente.» (Enric Tello, «El referéndum pendiente y las tareas del movimiento pacifista en España», ponencia presentada en la Conferencia de Malta, marzo de 1984.)

2

«Acabé entonces mi libro sobre la vida cotidiana y llegué a la conclusión de que la revolucionarización de las formas de vida, la configuración de nuevas comunidades, son las precondiciones de una sociedad verdaderamente socialista... (y tras el movimiento de mayo del 68) me parecía el signo inconfundible de que se había configurado un nuevo concepto y una nueva praxis de la revolución, que la revolución no era ya idéntica al sentido estricto político-jacobino de la palabra, sino que había que entenderla como revolución de la sociedad civil, de las propias formas de vida.» (Entrevista con Agnes Heller, del libro «La revolución de la vida cotidiana», pág. 130).

3

Si se desea organizar una discusión más a fondo sobre las ideas que hemos comentado, tomar como objeto de examen y crítica el texto. «El feminismo y los partidos de izquierda», que figura en el apéndice.

APENDICE

EL FEMINISMO Y LOS PARTIDOS POLITICOS DE IZQUIERDA

Judith Astelarra

En el Segundo Encuentro de Aser-Chile, efectuado en Chantilly en el mes de septiembre, Judith Astelarra, presentó la ponencia que publicamos a continuación.

En la introducción nos adelanta el sentido de sus preocupaciones:

«El feminismo ha sido enfrentado con hostilidad, cuando no con rechazo por parte de los partidos políticos latinoamericanos.

¿Por qué es esto así? En líneas generales, pensamos que debido fundamentalmente a dos tipos de problemas:

1) En primer lugar, porque el feminismo ha puesto en cuestión diversos aspectos centrales de los partidos de izquierda, tanto en lo que respecta a sus supuestos teóricos como a su práctica política.

2) En segundo lugar, porque los partidos de izquierda padecen de rasgos patriarcales tanto en sus concepciones como en la praxis de la mayoría de sus militantes.

Pero al rechazar los rasgos patriarcales de la sociedad, los partidos de izquierda no sólo eluden resolver el problema de la explotación de las mujeres, sino que ignoran también la importancia de transformar la vida cotidiana y las relaciones interpersonales, en lo que tienen de relaciones de poder.

El análisis, por tanto, de la relación entre partidos políticos y movimientos sociales es fundamental para entender las posibilidades de transformación de las sociedades.

En esta ponencia se describirán, por tanto, lo que consideramos que son problemas comunes que el feminismo ha enfrentado en su vinculación con los partidos de izquierda, y más específicamente con los partidos leninistas.»

La contradicción entre la práctica feminista y la de la izquierda

El movimiento feminista que aparece en los años sesenta y setenta y que se ha extendido a diversos países latinoamericanos en los últimos años, no sólo se ha planteado una serie de objetivos para hacer frente a la discriminación que sufren las mujeres, sino que ha propuesto una forma distinta de organizarse y hacer política. Tomando en cuenta que la mayoría de los grupos feministas contemporáneos han sido formados por mujeres que vienen de los partidos de izquierda, o cuya práctica política ha sido en la izquierda, el punto de referencia comparativo que se ha tomado en muchos casos ha sido el de superar la propia práctica discriminatoria hacia las mujeres de estos partidos.

S. Rowbotham (1979) señala que el movimiento feminista está desafiando los supuestos de la izquierda sobre cómo se deberían organizar los revolucionarios socialistas al cuestionar temas tales como la forma en que estos grupos conciben la teoría; cómo se ve la relación entre organización política y movimientos; cómo se analiza el problema del cambio de conciencia; cómo se define el campo de la política y cómo los militantes se ven a sí mismos en relación con el resto de la gente. En lo que respecta al análisis sobre las mujeres, el marxismo tiene un notable subdesarrollo, subdesarrollo que se extiende también a los temas tales como subjetividad y humanismo. Esta debilidad ha sido puesta de manifiesto por el movimiento feminista, pues el feminismo necesariamente debe enfrentar tanto los aspectos objetivos como los aspectos subjetivos de la realidad social, enfrentando ambos como problemas políticos. Lo personal también es político ha sido uno de los ejes centrales en los cuales se ha desarrollado la propuesta feminista.

1) El desarollo teórico

El intento de elaborar un marco teórico propio que fuera adecuado para describir los mecanismos de opresión de las mujeres ha sido una de las prioridades para los grupos feministas. Las mujeres que provenían de la izquierda se encontraron con que el marxismo, en todas sus corrientes, era inadecuado

para responder a la gran cantidad de preguntas que se estaban haciendo desde el movimiento.

El problema no estaba solamente en los conceptos usados para describir lo que los grupos marxistas han acostumbrado a llamar «la cuestión femenina», considerando que era un problema secundario y un subproducto de la problemática de clase. Más allá de la pobreza conceptual de la izquierda sobre la temática femenina, las feministas se encontraban insatisfechas con el modo mismo como se concebía y se creaba la teoría. El desarrollo teórico y los marcos conceptuales mismo se habían convertido en un discurso abstracto, lejano a los seres humanos concretos y a sus inquietudes cotidianas. En una sociedad en que la técnica y la ciencia se han convertido en fuente de poder, el manejo del discurso teórico también era una fuente de poder entre los militantes revolucionarios.

Este hecho aparecía claramente en las reuniones, en las que rara vez las mujeres hacían uso de la palabra. Cuando, merced a la presión del movimiento feminista que comenzaba a organizarse, los partidos aceptaron debatir temas relacionados con los problemas de las mujeres, pocas veces se escuchaba a las militantes hablar con la claridad y franqueza que empleaban cuando estaban solas. Largos años de silencio tenían su efecto aún cuando se debatía aquello que les era propio. Es por ello que, siguiendo la propuesta feminista, las mujeres comienzan a organizarse en forma autónoma. Junto con ello se plantean buscar nuevas formas de organización y expresión que les posibilite encontrar los conceptos adecuados para describir y explicar su opresión, y los mecanismos a través de los cuales ésta se perpetúa.

De la propia experiencia se crean y desarrollan los grupos de base del movimiento feminista: los grupos de autoconciencia. En ellos, a partir de hablar de la experiencia vital de cada mujer, se van buscando los problemas comunes a todas ellas. En estos grupos las mujeres descubren que infinidad de problemas que, hasta el momento han sido vistos como problemas individuales, son en realidad problemas colectivos. Que en la base de todos ellos hay un componente común: el poder que los hombres detentan en las relaciones entre hombres y mujeres y que se expresan de mil maneras tanto en la vida cotidiana como en las organizaciones e instituciones sociales. Que para poder explicarlos no hay un cuerpo teórico ya elaborado, y por tanto no existen dogmas, sino que hay que desarrollar un camino difícil y a veces penoso de búsqueda y elaboración.

Es así, como se desarrollan los conceptos nuevos tales como la diferencia entre sexo y género; los factores de poder que condicionan a la mujer y que no se refieren sólo al poder político, tal como se entiende en el sentido clásico: la concreción histórica de la división sexual del trabajo; la relación entre historia y desarrollo de la subjetividad, etc. En una palabra, así nace lo que luego se ha definido como la teoría sobre la sociedad patriarcal y sobre sus mecanismos de dominación.

Este nuevo enfoque teórico permite a su vez el realizar una nueva lectura del pasado de las mujeres. El rescate histórico de las mujeres de entre las tinieblas se convierte en una de las áreas más importantes para el movimiento. A las mujeres les ha sido negado el conocimiento de su participación en la construcción de la historia. La historia oficial, escrita por los hombres, no señala cual ha sido la contribución histórica de las mujeres. La historia del movimiento obrero también ignora la participación de las mujeres en sus luchas. No se explica la discriminación que las mujeres han sufrido en el seno de los sindicatos y de los partidos de izquierda. La «cuestión femenina» no es más que un capítulo olvidado que ha sido escrito por alguno de sus teóricos en el siglo pasado, debido a que por aquellas épocas también había existido un movimiento feminista, el sufragismo, que había hecho las mismas preguntas que nuevamente vuelven a repetirse las mujeres. Así, la izquierda ha manipulado a la historia al parcializarla y excluir de ella la participación de un sector.

Esta manipulación para excluir a las mujeres de la teoría y de la elaboración teórica no sólo afectó a las mujeres, sino que se ha convertido en parte de una práctica política más generalizada en la que cada vez aparecen con más fuerzas rasgos de sectarismo y dogmatismo. Cuando la realidad social no cabe en los esquemas ideológicos y teóricos, simplemente se la excluye de ellos. Esto que en el caso de las demandas de las mujeres es ostensible también aparece con las líneas oficiales de análisis. El énfasis absoluto en lo único prioritario es la conquista del poder, entendiendo por éste el aparato del estado, lleva a ignorar todos los mecanismos de opresión que existen en las sociedades modernas. El costo posterior es el establecimiento de sistemas socialistas de corte autoritario en los que la participación popular inicial va siendo sustituida en el tiempo por la acción de las burocracias del partido y el estado.

Sistemas que ciertamente no han podido eliminar la discriminación de las mujeres.

Este dogmatismo teórico tiene la su correlación en una práctica sectaria. Todos aquellos que no comparten en su totalidad las líneas oficiales son considerados como «herejes» que deben ser expulsados cuando se trata de militantes del partido despreciados cuando se trata de militantes de otros partidos. En general los partidos de izquierda han desarrollado un léxico de malas palabras, etiquetas que se cuelga a los que piensan diferente y que tienen por objeto descalificarlos en su acción política o personal.

Es por ello que cuando el movimiento feminista, y dentro de él los grupos feministas socialistas, se proponen construir nuevos marcos teóricos, se proponen también buscar una nueva forma de hacer teoría que no parta de supuestos dogmáticos y que permita aprovechar todas las categorías que han sido desarrolladas por los distintos movimientos revolucionarios en el transcurso de la historia, al mismo tiempo que se desarrollan nuevas categorías de análisis. Esto es así, no simplemente por un intento voluntarista de corregir errores, sino porque la problemática misma del feminismo lo exige. Los mecanismos de opresión patriarcal no son solamente mecanismos estatales o económicos. Los factores de construcción de la personalidad y de desarrollo de la subjetividad forman parte esencial de ellos. De allí que para

comprenderlos y transformarlos hay que analizarlos en toda su complejidad usando conceptos que provienen tanto del marxismo y las otras corrientes socialistas como del psicoanálisis y de los estudios de muchos autores anarquistas.

Las mujeres, por lo tanto, no sólo exigen que la izquierda incorpore dos o tres temas sobre la mujer en sus programas de acción política. El feminismo ha cuestionado, de alguna forma, el discurso mismo de la izquierda. De allí las dificultades y enfrentamientos que muchas veces se ha producido entre las feministas y los partidos de izquierda. Sin embargo, el feminismo, al igual que otros movimientos sociales contemporáneos, puede significar algo de aire puro y renovación, lo cual siempre es importante para los partidos que hacen de la crítica social y de la revolución su objetivo central.

2) Las formas de organización

Para las mujeres siempre ha sido difícil la participación en los partidos de izquierda. Ciertamente algunas mujeres podían convertirse en las «militantes» perfectas, siempre y cuando alguien se hiciera cargo de las tareas que debían desempeñar en sus hogares. Estas militantes han tendido a ser las mujeres que menos han cuestionado los aspectos patriarcales de sus partidos, a pesar de que su propia historia los hacía obvios. Pocas de ellas han llegado a ocupar cargos de verdadero poder en los partidos y sus tareas suelen ser prolongaciones de lo que se entiende por actividades «femeninas»: secretarias, cocineras, discretas, siempre en un segundo plano. Pero, la gran parte de la mayoría de las mujeres han permanecido ajenas a la militancia política y cuando han demostrado conciencia de la discriminación que sufrían han sido rápidamente apartadas de sus propios partidos.

Muchas feministas provienen de partidos políticos o siguen manteniendo su militancia en ellos. Pero, en los grupos feministas, el movimiento ha intentado, con mayor o menor éxito, buscar formas alternativas de organización, sobre todo de los partidos de «vanguardia». El tema de la democracia, la flexibilidad y el liderazgo han sido los tres aspectos en los que el feminismo se ha mostrado más interesado.

La conciencia que las mujeres tienen del poder en las relaciones personales y del costo que para ellas ha tenido, ha hecho que las feministas seran muy desconfiadas del establecimiento de formas de organización jerárquicas. En este sentido su forma de organización se aproxima más a la de los grupos anarquistas que a la de los partidos leninistas. La jerarquía siempre ha sido el mecanismo por el cual se reproducen esquemas de poder que terminan en la consolidación de aparatos burocráticos dominantes y a las mujeres les ha sido muy difícil poder plantear sus problemas en esta situación. Siempre se ha opuesto a este razonamiento el de la eficiencia, puesto que la tradición de la izquierda considera al anarquismo una forma de organización primitiva superada por la propuesta leninista. En la tradición de las «malas palabras» se descalifica cualquier intento de enfrentar el problema de la jerarquía como «asambleísmo», «democratismo inútil», etc.

Sin embargo, el movimiento feminista ha hecho cuestión de no establecer estructuras formales de liderazgo, caracterizadas por el establecimiento de jerarquías y comités directivos. Así se han desarrollado muchos pequeños grupos, que se coordinan entre sí cuando se trata de realizar actividades concretas y establecer algunos programas generales a mediano plazo. La estructura organizativa es informal y las mujeres suelen ser elegidas como representantes sólo para determinadas ocasiones y objetivos específicos. Esta coordinación no se ha traducido en la existencia de órganos de dirección ni en la fijación de las líneas programáticas por la imposición de la mayoría. Siempre se ha entendido que los objetivos prioritarios pueden ser establecidos de común acuerdo y de allí en más las propuestas minoritarias son tan importantes como las de la mayoría.

Ciertamente en la práctica aparecen líderes y mecanismos de liderazgo informal. Pero, es más difícil consolidar estructuras autoritarias de poder cuando las líderes deben buscar permanentemente formas de legitimación que cuando el poder lo obtienen por el control de la información y de «aparatos». No es que el feminismo haya resuelto la problemática del poder, pero no la oculta y se prefiere sacrificar la eficiencia en la búsqueda de una organización no jerarquizada.

Con todo, esta forma de organización se ha mostrado como eficiente para los fines que hasta ahora se ha propuesto el feminismo. Se ha impactado a la opinión pública; se han movilizado a gran cantidad de mujeres, se ha logrado introducir reformas a nivel estatal en los países democráticos. Un ejemplo de esta eficiencia es el referéndum sobre el aborto planteado en Italia. La izquierda siempre ha dicho que no se puede ir a un choque frontal con la Iglesia en los temas de la mujer; que el aborto es un tema que no goza de popularidad; que no es importante; etc. En este caso, el Vaticano y el Papa (el más carismático de los últimos tiempos) asumieron la causa anti-abortista, movilizando todos los recursos de que disponían, incluyendo la participación directa del Papa en la campaña.

La ley del aborto había sido conseguida por los grupos feministas, con muchas dificultades, pues los partidos de izquierda se habían negado a presentarla en el Parlamento por considerarla problemática y poco importante. Sin embargo, merced al apoyo de partidos minoritarios y a la campaña desplegada por las organizaciones feministas, finalmente se vota una ley de aborto, que sin satisfacer la propuesta del movimiento por la gran cantidad de trabas que pone (objeción de conciencia de los médicos, permisos de diversas personas, etc.) es una victoria legal. La propuesta de referéndum por parte del movimiento antiabortista permitió evaluar el grado en que el movimiento feminista había logrado el apoyo de la sociedad italiana en el tema. No sólo se apoyó la ley existente en las zonas industrializadas del país, vale decir, en aquellas con más conciencia política y nivel cultural, sino que en las zonas más subdesarrolladas

y donde la influencia de la Iglesia Católica es decisiva.

Así, el movimiento feminista se había enfrentado con éxito a la oposición de la Iglesia y el Vaticano. En varios años de campaña, había logrado que la sociedad italiana entendiera qué significa la posibilidad del aborto para las mujeres. Y ello, sin contar, con los recursos con que cuentan los partidos políticos y sin rigidizar su organización para logra «eficacia».

La flexibilidad de las organizaciones feministas ha permitido también incorporar a mujeres que provienen de distintos sectores sociales y que tienen demandas específicas. En general, las mujeres que participan en el feminismo provienen de las claes medias o de sectores de mujeres trabajadoras. En la medida en que son feministas plantean la necesidad de transformar la sociedad. En este sentido, las mujeres de los grupos más privilegiados de la sociedad no sólo no son feministas, sino más bien son anti-feministas. Las demandas de cambio social pueden ser diferentes, pero el movimiento la intentado que todas ellas tengan cabida en su seno.

Uno de los problemas de esta forma de organización ha sido, sin embargo, el de mantener la continuidad en la acción y el de la formación de las mujeres nuevas que se incorporan. Al no existir una estructura formalizada de organización, los grupos feministas tienden a disolverse, aunque nuevos grupos aparecen. Esto es lo que ha hecho que en algunos momentos el movimiento tenga una presencia importante en la sociedad y en otros pareciera que ha desaparecido. Hace también que las mujeres que se incorporan vuelvan a recorrer el mismo camino y a cometer muchos de los errores de las que las antecedieron. El futuro podrá indicar si en su conjunto esto ha sido o no un obstáculo para conseguir sus objetivos.

Así el movimiento feminista se ha dado formas organizativas diferentes a la de los partidos de izquierda, sobre todo en el caso de los que practican el centralismo democrático. De hecho las concepciones vanguardistas de estos partidos son radicalmente diferentes a las del feminismo y rechazadas por él.

3) Formas prefigurativas de socialismo

El énfasis de la izquierda, tanto la leninista como la democrática, en la política como «asunto de estado» ha hecho que ésta haya tenido poco interés en la transformación de las instituciones sociales que tienen que ver con la vida cotidiana de las personas. En este caso, especialmente, con la transformación de la familia. Cuando la revolución aún no ha sido hecha, se propone cualquier transformación en el área de las relaciones personales, a la «conquista del poder», entendida ésta como un hecho puntual de control del estado.

Sin embargo, ésta es una concepción muy estrecha del poder y muy simplista de la revolución. La historia ya muestra que no necesariamente se transforma la sociedad luego de obtener el poder. Parte del problema ha estado también, en la definición muy estrecha de los seres humanos como «hombres productores». La sociedad no la forman sólo hombres, ni éstos son sólo productores. Hay otras dimensiones que deben ser tomadas en cuenta si lo que se quiere es en definitiva no sólo colectivizar los medios de producción sino producir una revolución en las necesidades humanas y en las relaciones sociales.

Es cierto que la izquierda siempre pensó que bastaba quitarle los medios de producción a la burguesía para que todo lo demás se diera por añadidura. Sin embargo, la explotación de clase no es la única forma de dominación social. El cambio ideológico no se produce por transformar la estructura económica. Las transformaciones económicas no sólo deberían referirse a la división social del trabajo, dejando intacta su división sexual, aunque ésta asuma nuevas formas.

El movimiento feminista ha planteado que hay transformaciones que pueden emprenderse antes de la conquista del estado y que constituyen formas prefigurativas de socialismo. La insistencia de los militantes masculinos en mantener intacta a la familia se debe a que en ella ejercitan el pocer que les permite dedicarse a la importante tarea de hacer la revolución a costa de explotar a sus propias mujeres. El rechazo a asumir el debate sobre las formas de poder masculino en las organizaciones de izquierda, por considerar que ellas «distraen al proletariado» no ocultan más que la actitud de cualquier grupo privilegiado de no permitir que se transforme la organización social de modo que pudieran perder sus privilegios.

Pero, el problema, es que luego de hecha la revolución, se transfieren las mismas estructuras de privilegio y se permite que subsistan cuotas de autoritarismo que posteriormente se consolidan en los estados. Es por ello, que los grupos feministas socialistas, siempre han sostenido que una buena medida de poder predecir en qué medida la revolución será tal y no un mero cambio de forma de estado, es observar cuántos cambios en la vida cotidiana, aquella que sí puede ser transformada en muchos aspectos aunque no se haya cambiado la propiedad de los medios de producción, son practicados por los militantes revolucionarios.

Es evidente que la problemática del estado y la economía es esencial en el planteamiento de la transformación de la sociedad. (Siempre y cuando no sólo se busque eliminar los factores de explotación de clases sino todas las formas de opresión). Pero, también se debe transformar muchos otros aspectos de la vida social, cuyo origen no está en los factores económicos. Así, hacer la revolución se convierte no sólo en un mero hecho puntual, sino en una tarea más compleja que puede y debe asumirse en el presente, sin postergarla continuamente a la «toma del poder».

En general, las mujeres, siempre han planteado problemas de este tipo, pues para la mayoría de ellas, su rol en la familia limita sus posibilidades de participación política. El feminismo, en este caso lo que ha hecho es reivindicar estas demandas como objetivos políticos tan importantes como los objetivos de política de estado. Es por ello que al señalar que lo personal también es político no sólo está diciendo que en las relaciones personales también se manifiesta el poder, sino que éstas deben ser transformadas antes y después de la revolución aquí siempre ha cho-

cado con la izquierda que ha considerado que tratar estos temas es innecesario y forma parte de los prejuicios de la «moralidad pequeño-burguesa».

El concebir a la revolución como un proceso complejo y como la transformación de diversas instituciones sociales a lo largo del tiempo, plantea una nueva forma de relacionar el estado con la sociedad civil. Nueva en cuanto a lo que se ha convertido en la práctica institucionalizada de los partidos políticos de izquierda.

La vinculación entre los partidos y los movimientos

Para la concepción leninista de partido, ésta era la vanguardia del proletariado que haría la revolución. El cuestionamiento que hoy hacen diferentes movimientos sociales de este planteamiento, y que hemos ejemplificado con el caso movimiento feminista, se refiere en lo sustancial a dos aspectos. En primer lugar al supuesto de que un partido político puede asumir la transformación de todos los aspectos de la realidad social. En este sentido los partidos no reflejarían todas las demandas sociales. En segundo lugar, a la afirmación de que el proletariado masculino (las proletarias ocupan un lugar específico en la estructura de producción, pues está determinado no sólo por las contradicciones de clase, sino por las de sexo) es el sector social que tiene interés en modificar todos los sistemas de opresión que existen en una sociedad en un momento determinado.

1) La transformación de la sociedad.

Los partidos políticos se han convertido en unas organizaciones formales, estructuradas en función de una estrategia cara al estado. Esta puede ser insurreccional, buscando la destrucción del aparato del estado y su sustitución por otroaparato, diferente tanto en su estructura como enel grupo social que lo controló, o reformadora si pretende producir estas transformaciones a partir del marco legal existentes. Siempre y cuando, claro está, pretendan transformar la sociedad. También existen partidos representativos de los grupos privilegiados que buscan mantener el statu-quo.

En todos ellos, el problema del poder es esencial. En un caso se busca el poder para transformar el estado, y en otros para mantenerlo. Para los grupos que buscan la transformación social, para eliminar injusticias, la conquista del poder estatal sería el medio más eficaz de construir una nueva sociedad. En este sentido la práctica misma del partido se somete a este objetivo estratégico. Para obtenerlo, y en aras de la eficacia, se legitima una organización que en lo esencial reproduce los sistemas jerárquicos que caracterizan al estado que se quiere transformar. Se espera, que luego de hecha la revolución, el poder se disolverá por sí mismo.

La experiecia histórica demuestra, sin embargo, que en estos partidos se produce una burocratización de los aparatos de poder y que se genera una dinámica de poder y que se genera una dinámica de mantención de éste por parte de los grupos que lo detentan. Al anquilosarse las estructuras de poder, también se anquilosan las ideas y la capacidad de estar abiertos a la representación de los intereses de nuevos grupos sociales que aparecen en el escenario político. Pero, los partidos se han convertido en el instrumento más eficaz para la gestión o transformación del estado, sin la cual no se pueden producir los cambios sociales a los que aspiran estos cuerpos grupos.

Por ello, más que plantear una dicotomía entre partidos políticos y movimientos sociales, lo que cabría preguntarse es cómo lograr mecanismo de vinculación entre ambos. Como señalábamos al analizar al movimiento feminista, jamás los partidos de izquierda habían sido capaces de estructurar objetivos para resolver los mecanismos de opresión patriarcal. Sólo cuando se constituye un movimiento feminista autónomo, las mujeres pueden comenzar una elaboración técnica indispensable para comprender su situación y poder transformarla, y pueden organizarse en torno a objetivos y programas. Pero, necesariamente se requiere de leyes o de cambios políticos en el estado para poder lograrlos.

Cuando se trata de sistemas democráticos, éstos permiten un mayor o menor juego a grupos políticos y movimientos que no sean partidos en su capacidad de presionar al estado. Pero, en general, son los partidos políticos los que actúan tanto en los parlamentos como en el gobierno. En el caso de dictaduras, la tendencia ha sido a presionar por la legislación de los partidos, pues éstos existen aunque sea en la clandestinidad, es decir, a pedir regímenes democráticos. En el caso de partidos insurreccionales, éstos pretenden ser la vía de expresión política de los grupos a los que representan.

De cualquier manera, la necesidad de reivindicaciones políticas cara al estado fuerza a los movimientos a relacionarle con los partidos políticos o a transformarse ellos mismos en uno, con lo que pierden la originalidad de sus formas de organización. Desde la perspectiva de los movimientos, entonces, es preciso buscar formas que salvaguarden su autonomía.

En el caso de los partidos, éstos son más o menos receptivos a establecer esta vinculación. Pero, en general, hây por parte de todos ellos (más acentuado en los partidos leninistas) la tendencia a buscar controlar a los movimientos, convirtiéndolos en meros apéndices del partido. Esta práctica ha sido habitual cada vez que un movimiento social adquiere fuerza, y está apareciendo en lo que dice relación al surgimiento de grupos feministas en América Latina. En este sentido, se podría afirmar que le control de los movimientos sociales no es sólo un problema de búsqueda de poder y clientela por parte de los partidos, sino también un problema de concepción del partido.

Si se considera a los partidos como un mero instrumento de transformación política, es decir, se tiene una percepción instrumental de ellos, es posible que se pueda entender ideológicamente la necesidad que existan movimientos sociales enraizados en la sociedad civil que representan los intereses de numerosos sectores de la población. Si la concepción, como la leninista, es que el partido es la vanguardia de la sociedad, una vanguardia que es capaz de asumir to-

das las necesidades de transformación social, se verá a los movimientos como competidores o desviaciones innecesarias y en consecuencia se buscará controlarlos o destruirlos.

Probablemente, encontrar formas de vinculación es un desafío importante tanto para los movimientos sociales emergentes como para los partidos de izquierda. Supone, ciertamente, la reflexión crítica por parte de los segundos y la compresión de sus limitaciones por parte de los primeros. Supone también una nueva concepción de la política, pues los movimientos sociales no sólo están demandando que sus reivindicaciones se conviertan en puntos programáticos de los partidos, sino que se renueve la teoría y la práctica tradicional. Las demandas del movimiento feminista son un buen ejemplo de ello.

El camino no parece fácil, pues como señalábamos hay contradicciones importantes entre ambos. Pero, ya se han producido algunos ajustes que podrán ser evaluados en la medida que transcurra el tiempo y los movimientos sociales se consoliden.

2) El sujeto de la revolución

Este es un problema complejo que no intentaremos enunciar en este trabajo pues no es su objetivo, pero que es conveniente mencionarlo. Las concepciones clásicas de la izquierda marxista han sido la de que el proletariado (siempre se entendía por el masculino, pues nunca se hacía referencia explícita a la diferencia que existe entre hombres y mujeres proletarias debido a la existencia del sistema de dominación patriarcal) es el grupo social que hará la revolución. Los demás grupos o clases (excluyendo a los sectores dominantes de la población) eran considerados «aliados», pero aliados que debían subordinarse a los intereses de los primeros.

Las mujeres han conocido muy bien los resultados de esta concepción. Aunque la izquierda siempre mencionó que existían una problemática específica de las mujeres y que la familia debía ser transformada la práctica de los países socialistas muestra que no se han eliminado las formas de discriminación y opresión de las mujeres, ni mucho menos se han producido modificaciones sustanciales en la familia. Su ausencia organizada del escenario político, entendiendo por tal la falta de organizaciones autónoma que no fueran meras correas de transmisión de las órdenes del partido, es uno de los factores que ha contribuido a perpetuar su situación. Los intereses de las mujeres no estaban representados no ya por las vanguardias del proletariado, sino que por éste como clase social.

Por tanto, no se puede restringir el concepto de revolución a las trasformaciones sociales producidas por uno de los grupos explotados, en este caso la clase obrera. En todas las sociedades coexisten por lo menos dos sistemas de dominación: la de clases y la patriarcal. Si nose transforman ambas, difícilmente se podrá construir una sociedad más humana, justa y libre. Y, esta transformación sólo puede conseguirse si todos los grupos afectados pueden reivindicar sus problemas e intereses.

Las sociedades capitalistas modernas, se han hecho muy complejas y su estructura de dominación también. Por ende, es necesario revisar las concepciones sobre quienes son los sujetos de la revolución, al mismo tiempo que se revisa que se puede concebir hoy como revolución de la sociedad y en definitiva, cuál es la utopía que hoy nos podemos proponer. La aparición de movimientos sociales puede ser un buen síntoma de que entra aire fresco en el escenario político. La apertura que sean capaces de desarrollar los partidos políticos ya consolidados a estos nuevos fenómenos será un buen indicador de su capacidad de transformar realmente la sociedad.